



Jane Rosenberg

LA MUJER QUE DIBUJA al poder cuando cae

Por más de cuarenta años, la ilustradora judicial neoyorquina ha retratado para diarios, portales web y noticieros algunos de los juicios más emblemáticos de Estados Unidos. Desde Donald Trump y Nicolás Maduro hasta Jeffrey Epstein y El Chapo Guzmán, sus dibujos han mantenido vivo un oficio casi desaparecido. “No soy una persona normal. Escucho historias horribles todo el día”.

POR MURIEL ALARCÓN

El 5 de enero pasado, cuando el expresidente venezolano Nicolás Maduro entró por primera vez a una sala del Tribunal Federal del Distrito Sur de Nueva York, la artista Jane Rosenberg ya estaba lista. Había llegado temprano, instalado sus cajas de lápices pastel, afilado las puntas de ellos y acomodado su asiento para encontrar el mejor ángulo antes de que comenzara la audiencia.

Desde comienzos de los ochenta, esta neoyorquina se dedica a hacer algo inusual: ilustrar juicios emblemáticos de Estados Unidos y, a través de ellos, retratar momentos decisivos de la historia contemporánea. Su oficio existe porque muchos tribunales aún prohíben las cámaras y otros las restringen para evitar el frenesí mediático de *flashes* y transmisiones. Hoy trabaja para la agencia Reuters, aunque sigue definiéndose como ilustradora *freelance*. Sus dibujos circulan por diarios, portales web y noticieros de todo el mundo y también forman parte de su libro *Drawn Testimony*, con los casos más importantes que ha cubierto.

Nicolás Maduro había sido capturado días antes en Caracas y trasladado a Estados Unidos acusado, entre otras cosas, de narcoterrorismo, en un caso impulsado por fiscales federales estadounidenses. Cuando lo vio ingresar, Jane Rosenberg pensó en el parecido con otro retratado. “Me recordó a Trump”, dice. “Tenía un gran ego. Entró diciendo: Hola a todos”, como si todos estuvieran pendientes de él. Tenía esa actitud”. Esa mañana, sentada a poca distancia, Rosenberg lo dibujó tal como compareció: corpulento, llevando el uniforme de prisionero azul marino, con audífonos puestos y las manos juntas a la altura del abdomen. La ilustración se convirtió en una de las imágenes más difundidas de aquella jornada en Nueva York.

Por videollamada desde su departamento en el Upper West Side de Manhattan, donde vive junto a su marido, un abogado penalista, Rosenberg recuerda el momento rodeada de dibujos y materiales de

Sigue...



PABLO ZAMORA: “HAY UNA ENDOGAMIA ENTRE EL MUNDO EMPRESARIAL Y EL POLÍTICO QUE ES PERVERSA”
PÁGINA 4



“DUELO POR ENCARGO”:
ADELANTO DEL LIBRO DE VALENTINA CORREA
PÁGINA 5



ALBERTO FUGUET
CONTESTA EL CUESTIONARIO ESENCIAL
PÁGINA 3



Con Jeffrey Epstein recuerda el silencio. En una de las últimas audiencias antes de su muerte, trató de observar su cuello luego de que supuestamente intentara suicidarse en prisión. “Estaba mirando con binoculares tratando de ver si tenía marcas. No vi nada”, dice.

trabajo. Detrás suyo hay un atril con un autorretrato y un paisaje de lo que entra por su ventana: una esquina de Broadway entre restaurantes y pequeños comercios, a pocas cuadras de la Universidad de Columbia y del Parque Riverside. Desde ahí, la artista habla de Maduro como luego lo hace del asesino de John Lennon, Mark David Chapman; del narcotraficante Joaquín “Chapo” Guzmán; del financista acusado de tráfico sexual de menores Jeffrey Epstein, o del productor musical investigado por delitos sexuales Sean ‘Diddy’ Combs, fijándose menos en el poder que representan y más en esos pequeños gestos que aparecen en los momentos de mayor vulnerabilidad de sus vidas.

A todos los ha dibujado, porque precisamente de eso se trata su trabajo.

Un oficio que le ha enseñado que no se es siempre lo que se aparenta. “Las personas tienen lenguaje corporal”, dice. “Hay gente que sabe mentir y encubrirlo tan bien que ni siquiera te das cuenta cuando lo hace. Como el financista Bernie Madoff (responsable de uno de los mayores fraudes financieros de la era moderna). Robó millones de dólares de los ahorros de toda una vida a mucha gente y parecía un anciano amable. Su rostro era como el de un ‘abuelito’, un buen tipo, con esos anteojos de montura metálica”.



Rosenberg creció en Nueva York y dibujó desde niña. Sus padres la incentivaron a tomar clases de arte en la escuela y ella terminó cursando Bellas Artes en la universidad. Pero dedicarse a ello no fue sencillo. “Fui una artista sin recursos durante muchos años”, recuerda. “Hacía copias de Rem-

brandt y Vermeer en la calle con tizas y dejaba un sombrero para que la gente tirara monedas”.

En los setenta, pasó los veranos en Provincetown, en Cape Cod, una colonia de artistas en el estado de Massachusetts, dibujando retratos de turistas para sobrevivir. Familias completas se sentaban frente a ella para llevarse un dibujo rápido como recuerdo de vacaciones. En invierno volvía a Nueva York, asistía a la Art Students League, una escuela de arte de la Sociedad Americana de Bellas Artes, y seguía intentando convertirse en pintora. Pero sentía que su vida estaba suspendida.

“Vivía como una gitana”, dice. Entonces ocurrió algo que cambiaría todo. Fue a una charla de la ilustradora judicial Marilyn Church en la Sociedad de Ilustradores de Nueva York y quedó fascinada. “Cuando hacía retratos (en Cape Cod), todas tenían peinados al estilo de la actriz Farrah Fawcett, esos flequillos que se levantaban hacia atrás. Todas se veían iguales. Ya estaba cansada de eso”, dice. “Me pareció tan divertido dibujar personas de maneras diferentes, no solo una cabeza en un papel”. Corría 1980. Rosenberg llevaba casi una década tratando de encontrar un lugar en el mundo artístico y decidió intentarlo. “Me miré al espejo y dije: Quiero ser ilustradora de tribunales”.

Comenzó practicando en cortes nocturnas de Manhattan. Amigos abogados la dejaban entrar para que observara audiencias. Pasaba horas mirando cómo funcionaban las salas, dónde se sentaban los artistas y cuánto tiempo tenían para dibujar. Tras su insistencia, un día la invitaron al estrado junto a otros artistas: fue su primer gran caso ilustrado. Un tramoyista de la Ópera Metropolitana acusado de violar y asesinar a una violinista dentro del propio edificio del Lincoln Center.

Rosenberg hizo sus dibujos y luego reunió valor para intentar venderlos. Llamó primero a CNN, entonces una empresa emergente. No resultó. Entonces se atrevió a tocar la puerta de NBC. Llegó hasta sus estudios en el 30 Rockefeller Plaza. “Me dijeron: Pasa, veamos qué tienes”. Subió en ascensor a la redacción, con mucho miedo”. Los productores vieron sus dibujos, los colgaron en una pared y los grabaron para televisión. Esa noche, Rosenberg llamó a sus padres para que vieran su trabajo en la pantalla chica. “Fue muy emocionante. Y así empezó todo”.

Después vinieron más llamadas. Y luego otras más. Cuarenta y seis años después, todavía sigue entrando a tribunales con la misma mezcla de ansiedad y adrenalina. Durante décadas ha visto desfilar prácticamente todas las formas posibles del poder, la ambición, el crimen y la caída pública. A Chapman, el hombre que asesinó a Lennon, lo recuerda inmóvil. “Siempre llevaba el libro de *El guardián entre el centeno* de J. D. Salinger. No mostraba ninguna emoción, absolutamente nada”.

Con Jeffrey Epstein recuerda el silencio. En una de las últimas audiencias antes de su muerte, Rosenberg trató de observar su cuello luego de que supuestamente hubiera intentado suicidarse en prisión. “Estaba mirando con binoculares tratando de ver si tenía marcas. No vi nada. Pero luego, la semana siguiente, se fue. Eso fue todo”. Con Ghislaine Maxwell, acusada de ser la principal responsable de captar a menores de edad para que luego fueran abusadas sexualmente por Epstein, ocurrió algo todavía más extraño. Primero, Maxwell posaba deliberadamente para ella. “Se quedaba quieta como si estuviera en una clase de arte”. Pero en un momento Maxwell comenzó a dibujarla mientras Rosenberg la dibujaba durante el juicio. “Mucha gente pensó que estaba tratando de intimidarme o algo así. Pero realmente no me afectó”, dice. Rosenberg, entonces, optó por dibujarla mientras ella la dibujaba.

El Chapo Guzmán, en cambio, le sorprendió por otra razón. “Pensé que sería una criatura enorme y aterradora, pero era como un hombrecito con ojos pequeños y brillantes”. Como la esposa del narcotraficante se sentaba detrás de Rosenberg durante el juicio, Guzmán se giraba constantemente para lanzarle besos. “Gracias a eso conseguí muchas vistas frontales de él”.

De Trump le parecieron especialmente interesantes sus expresiones. “Tenía ese pelo extraño, las cejas muy marcadas, muchos ángulos en la cara”, dice. “Y casi siempre estaba enojado”. Rosenberg recuerda especialmente la sesión en la que Trump se había declarado inocente. Ella había comenzado otro dibujo cuando, en medio de la audiencia, el fiscal se puso de pie y empezó a leer la lista de cargos en su contra. Entonces, Trump giró la mirada hacia él con furia. Al ver esa expresión, Rosenberg cambió de inmediato de hoja. “Lo vi de frente y miraba con el ceño fruncido al fiscal. Pensé: ‘¡Tengo que capturar esa expresión de enfado!’”. Así que rápidamente hice un dibujo y, por suerte, funcionó”. Esa ilustración de Trump terminó en la portada de The New Yorker. “Nunca antes habían usado un dibujo judicial”, recuerda. “Fue uno de los momentos más importantes de mi carrera”.



Rosenberg cuenta que su trabajo consiste en algo más complejo que simplemente copiar una escena. Cada juicio es, en cierto modo, un problema nuevo. “No hay nada que ocurra siempre. Suele haber tensión. Los juzgados y los juicios no son lugares agradables. Nadie está contento. Hay vidas, dinero y libertad en juego. Suele ser un lugar estresante, pero hay quienes lo sobrellevan, se rien mucho y no les importa; creen que van a salir impunes. Estoy pensando en Diddy ahora mismo. Pareció manejarlo bastante bien. Llegó feliz y sonriente, haciendo gestos de corazón y lanzando besos, y traté de capturar esos momentos”.

No recibe instrucciones previas de los medios: “Dan por hecho que lo resolveré por mi cuenta”. Primero, debe conseguir un buen asiento. Luego, esperar. “A veces no pasa nada cuando empiezo a dibujar”. Algunas audiencias duran minutos. Otras, días enteros. “Me encanta cuando las personas se quedan quietas un momento, porque eso es exactamente lo que necesito”. Pero no es lo que ocurre. En ocasiones, un acusado se pone de pie inesperadamente o empieza a suplicar. Un testigo se pone a llorar. Un abogado golpea la mesa. Y ella tiene que reaccionar. “Quiero capturar el drama”, explica. “También quiero capturar a los testigos y su relación con el acusado, si se miran fijamente, si desvían la mirada. Cualquier emoción que se muestre, intentaré plasmarla”. Pero también reconoce que hay personas más difíciles de dibujar. “Con algunas es



“Creo que ya no soy una persona normal. Escucho historias horribles todo el día”, dice sobre todo lo que expone en la corte.



El fiscal se puso de pie y empezó a leer la lista de cargos en su contra. “Lo vi de frente y miraba con el ceño fruncido al fiscal. Pensé: ‘¡Tengo que capturar esa expresión de enfado!’”. Rápidamente hice un dibujo y, por suerte, funcionó”. Esa ilustración terminó en la portada de The New Yorker.

imposible fallar. Y con otras me pregunto: ¿qué tienen que las hace únicas?”.

Sus jornadas comienzan antes del amanecer. Durante los juicios que ilustra, se despierta cerca de las cuatro de la mañana, medita, hace ejercicios para la espalda, organiza materiales y maneja hasta el tribunal, ubicado en el centro, cargando enormes cajas de dibujo. Ya no usa el metro. “Mis materiales son demasiados pesados”.

Lleva pasteles, lápices, tinta, binoculares, cojines para elevar la altura de su asiento y un carrito que funciona como caballete improvisado. Limpia sus tizas pequeñas para que todos los colores se vean claros, porque si no, se ponen grises y polvorientas. Pero incluso cuando logra instalar todo frente a ella siente tensión. “¿Lo lograré? ¿Podré ver algo? ¿Funcionará? Ahora tengo un poco más de confianza que al principio. Pero soy muy autocrítica, así que tengo que complacerme a mí misma, y eso es lo más difícil. Muy pocas veces estoy contenta con lo que hago”.

A veces, reconoce, mira su teléfono, donde tiene un lápiz táctil que puede sacar y usar para dibujar sobre el boceto ya despachado. “Ya es demasiado tarde, todo el mundo ya tiene el dibujo malo, pero lo corrijo para mí misma. Pienso: ‘Ojalá lo hubiera hecho así’. Así aprendo un poco de mis errores o tal vez no”.

Los tribunales también han cambiado. Antes las salas estaban despejadas. Ahora hay pantallas, computadores y monitores bloqueándole la visión. “Hoy parece que hubiera una pared”, dice.

A pesar de los nuevos tiempos, sigue convencida de que el dibujo todavía tiene sentido en una época saturada de imágenes. Porque incluso cuando sí hay fotografías, muchos medios siguen publicando sus ilustraciones. “Son diferentes visualmente. Tal vez llaman más la atención. Hay tantas fotografías en internet que cuando alguien ve un dibujo piensa: ‘Oye, ¿qué es esto?’”. A algunas personas simplemente les gusta el arte”, dice. “Puede capturar emocionalmente algo que una fotografía no logra”.

Pero acepta que gran parte del tiempo debe escuchar historias espantosas. Muchos casos de asesinatos, torturas, abusos. A veces consigue mantener distancia. Otras no. Recuerda el caso de Susan Smith, una mujer que en los años noventa asesinó a sus dos hijos pequeños empujando su auto a un lago mientras los niños seguían amarrados en el asiento trasero. “La historia me partió el corazón”, dice. “Contaron todos estos detalles de lo que pasa cuando una persona se ahoga, cómo se le inflama el cerebro. Simplemente, empecé a llorar. Fue horrible”. También quedó afectada por el caso de una mujer que fue secuestrada, violada y torturada en su mismo vecindario. “Podría haber sido yo”.

Tras tantos años escuchando relatos así, reconoce que su mirada sobre el mundo cambió. “Creo que ya no soy una persona normal”, dice. “Escucho historias horribles todo el día. Y después llevo a mi casa y mi marido también tiene historias horribles...”.

Durante décadas ha visto cómo el oficio también se transformó frente a sus ojos. Cuando empezó, podía haber hasta diecisiete artistas dibujando un mismo juicio. Pero luego, con la aparición de más cadenas de televisión, ya no podía haber uno para cada uno. Hoy es una de las últimas ilustradoras judiciales de Nueva York. “Y puedes decir que soy libre, porque soy *freelance*, pero no es cierto. Me siento más atada a estar disponible”. Eso es porque vive pendiente del próximo caso.

“Nunca hice un plan de que esto sería toda mi vida. Todavía no sé bien qué estoy haciendo. Pero aquí sigo”. Cada noche, al volver del tribunal, repite el mismo ritual: afila sus lápices, limpia los bocetos viejos, deja papel nuevo preparado y acomoda el maletín junto a la puerta de entrada de su departamento, listo para salir en cualquier momento. “Así es todos los días”, dice. “No quiero perderme ninguna llamada”. S

Nuevo ciclo 2026
Presencial*

Encuentros
EL MERCURIO

Arquitectura y diseño
desde la emoción

CRISTIÁN
VALDÉS

UNA CONVERSACIÓN SOBRE LA TRAYECTORIA
DEL CREADOR DE LA FAMOSA SILLA A,
PARTE DE LA COLECCIÓN DEL MOMA DE NY.

MARTES 19 DE MAYO | SALÓN CLUB DE LECTORES, EL MERCURIO | 19:00 HRS.

*30 cupos presenciales exclusivos para suscriptores de Encuentros El Mercurio.
Inscripciones: encuentroselmercurio@mercurio.cl
Transmisión online: <https://encuentros.elmercurio.com>

VD SABADO ya DOMINGO